

Algunas tareas de rectificación moral en la sociedad española

Mas que un examen global de la situación moral de la sociedad y unas propuestas que abarquen todos los remedios que hay que aplicar para mejorarla, lo que me propongo con mi trabajo es algo más modesto. El diagnóstico de la moralidad pública y la oferta de iniciativas para mejorarla fueron hechas por el episcopado español el 20 de noviembre de 1990 en un documento colectivo cuyo título era «La verdad os hará libres».

Mi propósito es más limitado. Lo que quisiera es ofrecer unas reflexiones sobre ciertas deficiencias éticas generalizadas en la sociedad española y reflexionar acerca de cómo remediarlas.

Las deficiencias que estimo de consecuencias más graves para la convivencia entre nosotros son: la falta de verdad, la falta de amor a la obra bien hecha y la falta de respeto y de cooperación con la autoridad.

La falta de Verdad La falta de verdad es gravísima. Estamos muy lejos de las cualidades que Hernando del Pulgar atribuía a los caballeros que fueron objeto de la admiración del autor de los «Claros varones de Castilla», obra escrita en 1486.

**EMIUO
BENAVENTE**

«Las deficiencias que estimo de consecuencias más graves para la convivencia entre nosotros son: la falta de verdad, la falta de amor a la obra bien hecha y la falta de respeto y de cooperación con la autoridad.»



«Hay que rectificar. En lugar de valorar la listeza lo que los españoles tenemos que estimar es la verdad, en vez de exaltar al que triunfa con engaños necesitamos preferir al que dice la verdad.»

De ellos destacaba como virtud sobresaliente que eran «hombres verdaderos», es decir, hombres no sólo que amaban la verdad, sino que la decían y la hacían de tal forma que se podía confiar en ellos.

Por tanto, auténticos caballeros muy por encima de los picaros y villanos capaces de toda suerte de engaños.

En este sentido habrá que revisar y rectificar la sobreestimación de que por desgracia es objeto la listeza. Que no significa estar dotado de aguda inteligencia, sino de una especial perspicacia para percibir con rapidez y acertadamente las posibilidades que se le ofrecen al listo de conseguir éxito en sus propósitos, que suelen ser hacer buenos negocios y promocionar socialmente sin que le importen los medios de conseguirlo porque con frecuencia utiliza como recurso preferido el engaño.

Cuando de alguien se dice que es muy listo es para echarse a temblar. Especialmente si el listo en cuestión se mueve en el terreno de la especulación o cuando existen otras oportunidades de enriquecerse rápidamente o de escalar puestos destacados en el mundo de las finanzas o del poder.

El engaño, que es la antítesis de la verdad, es muy frecuente. Se crean personas que no existen y se abren a su nombre cuentas bancarias, se cobran cantidades ingentes por informes técnicos que nunca se hicieron, se falsifican datos para eludir los impuestos, se perciben subvenciones a las que no se tiene derecho y se venden productos distintos de los pedidos por el comprador. Hace unas semanas se enviaron a un país del Magreb 45.000 kilos de polvo de mármol como si fueran *azúcar*.

Hay que rectificar. En lugar de valorar la listeza lo que los españoles tenemos que estimar es la verdad, en vez de exaltar al que triunfa con engaños necesitamos preferir al que dice la verdad y al que es auténtico y se puede confiar en él.

Conseguir este cambio de criterios de valoración es tarea de todos. De los que tienen posibilidad de premiar al que se destaca porque es verdadero y de los que por lo menos constituyen la trama común del tejido social y que han de adoptar actitudes de desestima de los que engañan y de valoración y hasta agradecimiento hacia los que honradamente dicen y hacen la verdad.

Pero los que tienen la oportunidad de intervenir en los medios de comunicación social son quienes más pueden influir -con su ejemplo y la orientación de sus trabajos- en este cambio necesario de los criterios colectivos de valoración de las personas y de sus actitudes y actuaciones. Quienes son cristianos no pueden olvidar que el Señor dijo que Él «para eso había nacido y había venido a este mundo, para dar testimonio de la verdad» (Juan 18,37). Y quienes no lo sean, han de acudir a su recta conciencia y a la consideración de los daños ingentes que producen en la convivencia humana las falsedades.

Por cierto habrá que revisar cuáles son las penas vigentes en el Código penal que tienen que sufrir los que mienten o cometen perjurio. Si son leves, tendrían que ser agravadas. Porque la mayor gravedad tendría un saludable efecto educativo: darían a entender cómo la sociedad considera graves la mentira y el engaño. En los países del ámbito cultural anglosajón o nórdico la falta de verdad es estimada como un delito grave y al menos como digna del menosprecio social. Por eso, un hombre público que miente queda descalificado para siempre.

Las Obras bien hechas La falta de amor a la obra bien hecha es otra de las deficiencias colectivas.

Generalmente al hacer las cosas o prestar los servicios demasiado pronto solemos pensar que «ya vale» y abandonamos los esfuerzos para dejar perfectamente terminadas nuestras obras.

Los resultados de esa actitud pueden ser muy graves en algunos casos y en otros, por lo menos deplorables. Dependerá de qué estemos haciendo o de que servicio estemos prestando.

Es innegable que se dan excepciones. Los artesanos que realizan obras casi artísticas suelen cuidar los últimos detalles. Pero no siempre. Recuerdo una exposición de Belenes de toda Europa en los almacenes Harrods de Londres. El español era gracioso y expresivo pero no se podía comparar en cuanto al gusto por los detalles de perfecta terminación ni siquiera con el italiano. De todos es conocida la falta de cuidado en los detalles de terminación de los automóviles españoles. Durante años los tornillos medio sueltos y hasta algún que otro pequeño agujero en el depósito de combustible, o defectuosos ajustes en la carrocería o del motor eran demasiado frecuentes y producían las lógicas molestias a quien tenía que conducirlos. Sólo cuando la dirección y el control de la empresa ha pasado a ser alemana han desaparecido las habituales deficiencias.

Es de esperar que dado el número de vehículos que se montan y se exportan desde España este defecto haya sido corregido. De otra forma sería una ilusión abrirse camino en los mercados internacionales o poder competir en los espacios cada vez más abiertos del comercio mundial.

Nunca seremos tan pacientes como los orientales, pero aplicarnos a hacer las cosas bien o a prestar servicios satisfactorios debemos hacerlo por una obligación de conciencia y por no defraudar a nadie. Además nosotros mismos sufrimos las consecuencias. Mientras no cambiemos nuestros modos de hacer tendremos productos de peor calidad y nos será imposible competir con los extranjeros. Con lo cual las perspectivas de nuestro futuro económico no serán precisamente halagüeñas. También en este campo de nuestra actividad humana los creyentes debemos recordar que Dios en el Génesis comprueba que sus obras

«Habrá que revisar cuáles son las penas vigentes en el Código penal que tienen que sufrir los que mienten o cometen perjurio. Si son leves, tendrían que ser agravadas.»



«Al hacer las cosas o prestar los servicios demasiado pronto solemos pensar que (ya vale' y abandonamos los esfuerzos para dejar perfectamente terminadas nuestras obras.»

«son muy buenas» y que el Señor sin duda cuando tuvo que trabajar con sus manos y enseñar a las muchedumbres procuró hacerlo no sólo bien, sino también con gracia y singular belleza.

Pero basta ser hombre para producir que las obras que hagamos nos satisfagan a nosotros y sean justamente estimadas por los demás. Lo cual contribuye notablemente a que los intercambios entre los grupos humanos sean más satisfactorios y, por lo mismo, hagan que nuestra convivencia sea pacífica.

El respeto a la autoridad En tercer lugar somos un pueblo con una psicología colectiva caracterizada por una veta anarcoide. El orden que produce la obediencia y el respeto a la autoridad exige de nosotros un esfuerzo racional y voluntario que supere las tendencias espontáneas. Otros pueblos, tal vez por razones de su modo ser o más bien por las vicisitudes de su historia, son casi espontáneamente más disciplinados y respetuosos con la autoridad.

No es necesario decir que no rjienso que sea necesario ni conveniente estar sujetos por un autoritarismo que anule la libertad. Todo lo contrario.

Lo que creo es que a mayor libertad más necesidad tenemos de autoridad. Se puede decir que hay que proponerse en el ordenamiento social conseguir el mayor grado posible de libertad y contar con la autoridad que sea necesaria. Ni más de la necesaria ni menos tampoco. Lo primero podría dar lugar a la tiranía que cohibe la expansión y la creatividad de los hombres libres y lo segundo puede producir una anarquía tal que no sea posible convivir en paz.

Conviene recordar que la doctrina tradicional que atribuye a Dios el origen de la autoridad no es una doctrina trasnochada. Porque esa doctrina bien entendida no quiere decir que es Dios mismo quien señala directamente a quien tiene la autoridad, ni que le unge con una especie de consagración ritual sagrada como se hizo desde los tiempos del antiguo Israel hasta Napoleón.

Lo que se quiere decir es que Dios ha puesto en la naturaleza humana la necesidad de convivir en sociedad para que los hombres sean verdaderamente hombres y que ha presto también la necesidad del servicio de la autoridad para que se obtenga una convivencia ordenada y pacífica.

La autoridad tiene como misión ordenar y coordinar los intereses contrapuestos de los diversos grupos humanos en beneficio del bien de todos y tiene que amparar y defender a los más débiles de las posibles explotaciones y agresiones de los más poderosos. Y la dificultad de esa misión no siempre fácil es la razón de que tenga la autoridad que ser obedecida y rjespetada. Sin que rebaje sino más bien al contrario fortalezca, la necesidad de obedecer y respetar el hecho de que las autoridades sean designadas libremente por el pueblo. Por eso

es un error creer que porque podemos elegir a los gobernantes no estamos obligados a respetarles y a colaborar con ellos.


Colaborar sí porque es ingente la dificultad de su misión y la trascendencia de su servicio, y no se pueden agravar sus dificultades y dificultar su servicio a todos.

Que no es precisamente fácil porque las autoridades políticas sufren con frecuencia las presiones y las interferencias de otros poderes mayores como los económicos, sobre todo, y también los corporativos, los sindicales y no en pequeña medida el de los medios de comunicación social. El Señor fue ejemplar en su respeto a las autoridades. Se le acusó de sedicioso injustamente. En unas difíciles circunstancias de opresión extranjera y de tentación de rebeldía liberadora se mantuvo libre y respetuoso. Concretamente en la Pasión dijo a Pilatos que no «tendría autoridad ninguna si no le viniera de lo alto» (Jn 19,11). Por otra parte tenemos el ejemplo de las democracias más maduras en las que el amor y el ejercicio de la libertad se conjugan simultáneamente con el respeto a las normas legítimamente establecidas y a la autoridad. Lo cual no se contradice con el ejercicio de la crítica de las actuaciones concretas de las autoridades, que puede resultar una forma muy valiosa de cooperación con ellas, ni con la potestad de sustituirles por otras en las elecciones libres cuando los electores prefieran otros programas de gobierno y otras personas que merezcan su confianza.


La permisividad moral Finalmente creo que no sería lícito desconocer el grave deterioro moral de la sociedad contemporánea. En grandes sectores de la población se ha producido una especie de infiltración de freudismo que da por supuesto que sólo es sincero lo espontáneo instintivo, que nada que lo sea debe ser impedido y que todo esfuerzo de racionalización o los deberes que hay que cumplir son siempre represivos. Lo cual es grave y además no es verdad. Una vida humana sólo lo es verdaderamente cuando los impulsos son subordinados a las razones y a los deberes.

Muchísimos impulsos instintivos tienen que ser ordenados y subordinados a pautas de conducta establecidas por la sociedad para que el ser humano llegue a ser una persona educada capaz de convivir, de respetar y de ser respetable. Además hay servicios dignísimos e inestimables que no serían prestados, aunque sean imprescindibles, si no estuvieran dispuestos a sacrificarse los profesionales que se responsabilizan de hacerlos. Pensemos, por ejemplo, en la atención sanitaria a los enfermos. Por último, en algunos casos, se requiere una notable y digna de admiración capacidad de sacrificio y una motivación superior que violente y supere las repugnancias naturales para cuidar de los que nadie cuidaría por todo el oro del mundo.

«Urge rectificar y contener la expansión de los criterios freudianos y promover en cambio el valor de lo verdaderamente humano y de lo auténticamente cristiano.»



«La autoridad tiene como misión ordenar y coordinar los intereses contrapuestos de los diversos grupos humanos en beneficio del bien de todos y tiene que amparar y defender a los más débiles.»



Y no puede decirse que quienes les cuidan no sean sinceros ni que su actitud sea represiva. Todo lo contrario. Hay niveles de sinceridad superiores a las reacciones instintivas. Y hay posibilidades humanas de realización y de expansión en plenitud de la persona humana cuando sus sacrificios tienen carácter de oblación y se hacen por amor a Dios en los demás.

Por tanto, urge rectificar y contener la expansión de los criterios freudianos y promover en cambio el valor de lo verdaderamente humano y de lo auténticamente cristiano, que consiste en creer y vivir la paradoja de que quien se reserva con egoísmo pierde su vida, mientras que el

que la entrega por amor con una oblación generosa, alcanza la plenitud de la vida verdadera (Me 8,35).